

CARTA-CIRCULAR A MIS QUERIDOS CONSOCIOS LOS MIEMBROS DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE EN EL MUNDO “Un joven a quien servir en esperanza”

París, 30 de junio de 2002

Queridos amigos y consocios:

Desde sus orígenes, desde aquellos casi adolescentes y primeros consocios que se reunieron en comunidad para defender la obra de la Iglesia al comienzo de su actuación y más tarde entregarse a los pobres en contacto personal con todos aquellos que sufrían, la Sociedad de San Vicente siempre ha manifestado una extraordinaria preocupación por los jóvenes. Por la participación de los jóvenes en la vida de las Conferencias (1).

En las primeras Circulares de mis antecesores, los primeros Presidentes Generales, se manifiesta este deseo junto a una cierta preocupación por el envejecimiento de la edad media de los consocios que, si bien era evidente que asentaba con ello y aseguraba el futuro de las Conferencias, no era menos cierto que este aumento en la edad de los miembros de la Sociedad, dejaba en evidencia dos problemas. El primero y sin duda más importante, era que aquella obra de acompañamiento en su formación a los más jóvenes, nacida al calor y la necesidad que conllevaba la propia juventud de los fundadores, podría dejar de cumplir el objetivo primordial para el que se reunieron: ayudarse en su caminar pues, con más frecuencia que la deseada, los más mayores estimamos frecuentemente que no necesitamos aumentar y profundizar en nuestra formación. En el conocimiento. Evidente error pero, desafortunadamente, no por ello menos cierto. En segundo lugar, el envejecimiento en la edad media de los consocios, podría llevar aparejado, como sucede con mucha frecuencia, una cierta pérdida de capacidad de respuesta de la Sociedad ante los problemas que aborda. Todos, sin duda, reconocemos la mejor capacidad de los jóvenes para detectar primero y más tarde reaccionar, ante las injusticias y desesperanzas que prevalecen tantas veces en el mundo. Exactamente lo contrario de lo que experimentamos los que estimamos, siempre erróneamente, que estamos ya “*instalados*” en una serie de verdades que no nos molestamos en repasar con frecuencia y pasar por el tamiz de la autocrítica. Sin olvidar el entusiasmo acompañante eterno de las primeras acciones en las jóvenes vidas por estar aún sin malear, sin gastar, sin sentir el cansancio que conlleva vivir.

Así, la juventud, ha sido siempre una gran preocupación en las Conferencias. Parece bueno, por ello, que dediquemos unos minutos a reflexionar sobre la participación de los

jóvenes en la Sociedad y la capacidad de ésta para servirles. Digo bien: servirles. Es bajo este aspecto de servicio, desde el único que debemos contemplar la permanencia especialmente de los jóvenes en nuestras Conferencias y en general de cualquier otro consocio (2). Intentando presentar la Sociedad como es: un proyecto de vida cristiana para siempre, hasta que finalice nuestro camino en el mundo. Un camino que recorreremos más aliviados, si lo hacemos en compañía de nuestros hermanos en la fe, inquietudes y esperanzas (3). Esto es lo que debemos transmitir: el sentimiento de la pertenencia a un grupo que, desde la libertad de poder abandonarlo en cualquier momento, ofrece amistad, apoyo, fraternidad y que a lo largo y ancho del mundo siente, palpita y se inquieta por los mismos problemas.

Recordarán que ya en mi Carta-Circular de esta misma fecha hace un año (4), me refería a la relación que debía presidir el encuentro entre los consocios. Escribía sobre la fraternidad necesaria y previa en cada Conferencia, para servir adecuadamente a los más pobres e, incluso, llegaba a asegurar, que sin esa camaradería, el grupo de personas que ayudaba a los pobres, podrían estar realizando una gran misión pero, sin la fraternidad vivida entre los consocios, no existiría verdadera Conferencia de San Vicente de Paúl. La verdadera amistad, ha de llevarnos a preocuparnos por las necesidades, en todos los órdenes, del consocio que con nosotros comparte la vida de la Conferencia. Detectadas esas necesidades, en la mayoría de los casos de afecto, espirituales, formativas, parece evidente que nuestra estima por el consocio, nos llevará a servirle intentando que las supere con nuestra ayuda fraterna. Todo ello, está especialmente indicado con los más jóvenes de los miembros de nuestras Conferencias.

Cuando me interpelan los consocios mayores en cualquier parte del mundo sobre la ausencia de miembros jóvenes en las Conferencias, siempre pido paciencia y ganas de servirles. No de utilizarlos. No de mantenerlos entre nosotros por razones de supervivencia social o de pura es-

(1) “...sobre todo (se refiere a los jóvenes) para prodigarles los cuidados y precauciones de que todo buen padre quisiera ver rodeados a sus hijos” (Comentarios del CGI al antiguo Reglamento versión española 1963, pag. 58).

(2) “*serviens in spe*”, dice la leyenda alrededor de nuestro nuevo símbolo como aspiración de vida de la Sociedad, de cada consocio.

(3) Cuando Dios, en su bondad, me dio a Ozanam como amigo, era yo muy joven, abandonado a mi mismo ... sentía vacilar la fe y debilitarse la única fuerza que podía yo imponer al impulso de las pasiones. Ozanam se encontró en mi camino para detenerme a orillas del precipicio. Volví a caminar firmemente en la vía que me trazaba su ejemplo. (“*La juventud de Ozanam*” Léonce Courmier pag. 22 y siguientes (Paris Librería Hennuyer, 1890)

(4) Carta-Circular a todos los consocios en el mundo de fecha 30 de junio de 2000.

tadística. Sin embargo, en la soledad, muchas preguntas se agolpan en mi cerebro: ¿porque no están mas jóvenes con nosotros? ¿dónde están nuestros hijos que han debido recibir el ejemplo en cada una de nuestras casas de entrega a nuestros consocios y a los necesitados? ¿Son unos egoístas que sólo les preocupa su propio bienestar? Pero la pregunta que siempre me queda finalmente es : ¿en qué les hemos fallado para que no estén con nosotros? ¿Qué parte de nuestro compromiso estamos realizando mal o transmitiendo mal?

Estoy seguro que éstas y otras preguntas, nos las hemos hecho todos alguna vez en relación con nuestros hijos o parientes y amigos más jóvenes y no siempre, casi nunca, encontramos una respuesta que nos valga. Que nos deje satisfechos. Les vemos – a los jóvenes - con frecuencia entregarse a otros asuntos con verdadera pasión e incluso con un cierto desprendimiento de si mismos. No nos gusta acusarles, aunque sólo sea en nuestro fuero interno, de egoístas y terminamos, pensando que será algo que arregle el tiempo. Que un día se darán cuenta y los tendremos entre nosotros. Desafortunadamente no es tan sencillo.

Los jóvenes, a pesar de la indolencia de la que los más mayores les hemos acusado siempre, son, han sido y serán permanentemente, agentes de transformación de las sociedades en las que viven. Son necesarios también con ese papel, en las Conferencias e, inconscientemente, en muchas ocasiones, lo que los consocios reclaman sin advertirlo, es esa capacidad de adaptación a los cambios que ellos han casi perdido y que intuyen, traerán consigo los consocios mas jóvenes.

Pero no debe ser esa nuestra preocupación como indicaba más arriba. La renovación de cada Conferencia, de cada uno de nosotros, está primero en nosotros mismos y en la intensidad con la que vivamos la comunidad de oración y acción que deben ser cada una de las células base de la Sociedad de San Vicente de Paúl (5). Esta es, sin duda, una de nuestras capacidades para vivir y extender el Evangelio.

La preocupación por la entrada de la juventud en las Conferencias, que indudablemente debemos sentir, debe venir porque asumamos la responsabilidad que tenemos para con los mas jóvenes. Responsabilidad para con el proyecto de vida cristiana que debe significar cada uno de ellos, para cada uno de nosotros y que nos recuerda el Concilio Vaticano II (6). Una responsabilidad, por tanto, en primer lugar eclesial. La Buena Nueva, debemos hacerla llegar, con urgencia a todos los hombres empezando

(5) id Carta-Circular indicada.

(6) "Hay que prepararlos - a los jóvenes- para participar en la vida social, de modo que, bien instruidos con los medios necesarios y oportunos, puedan adscribirse activamente a los diversos grupos de la sociedad humana, estén dispuestos para el dialogo con los demás y presten su colaboración de buen grado al logro del bien común. (Declaración "Gravissimum educationis" 1).

por los más próximos. Obligación esta, especialmente indicada para los laicos que pretendan vivir su vida en comunidad de oración y acción.

Los jóvenes, como acertadamente señalaba una publicación vicentina (7), "*son proyectos de vida a los que hay que ayudar a completarse a través de toda una vida profundizando en la propia formación*". Y en la entrega al prójimo, añadimos. Una vida a la que debemos hacer llegar también con nuestra experiencia espiritual, el conocimiento de que el proceso de acercarse a Dios, de entenderlo, de sentirlo, de participarlo, es un proceso largo y no siempre fácil (8).

A los jóvenes, deberemos mostrar, a modo de ejemplo, el personal y diario esfuerzo de cada miembro de las Conferencias, en el camino que un día emprendimos de profundización en la fe y en el servicio y de cuya meta somos más conscientes cada día, de lo alejada que se encuentra o nosotros de ella por nuestras imperfecciones. Pero también, de acompañarles en la asunción de responsabilidades ante cualquier asunto que deban abordar a lo largo de su vida. De mostrarles, cómo ha de ser un buen padre, un buen esposo, un buen profesional, un buen amigo, para que se gane con honradez el que alguien pueda considerarle un verdadero padre, esposo, profesional, amigo...(9). En definitiva: un verdadero ser humano que merezca tal nombre.

En el terreno de profundización en la fe: ¿van a querer estar con nosotros cuando parece que hemos alcanzado una santidad que con frecuencia envolvemos en formas de retraimiento antipático e incluso triste en lugar de mostrar la alegría contagiosa del cristiano? Sí: alegría incluso ante el dolor. Nada hay que agrave más el sufrimiento, que el sentirse acompañado por la tristeza o el abandono. ¿Cómo hemos de indicarles que se trata de un proyecto de crecimiento espiritual para toda la vida, cuando parece que nosotros ya hemos hecho todo el camino y hemos alcanzado la verdad? ¿Qué hijo se acostumbrará a leer si jamás ve a su padre con un libro en las manos? ¿Quién se acostumbrará a orar, a sentirse pequeño y débil ante la fuerza y el amor de Dios, si no cuenta con el ejemplo de los que oran? ¿De aquellos que dicen sentirse deudores del Señor?

Si nos ven criticar a otros amigos, si nos observan débiles para hacer frente a los esfuerzos que la vida exige en todos los órdenes, si encuentran en nosotros mil justificaciones para abandonar el trabajo al que estamos

(7) Plan General de Revitalización de la Sociedad española del año 1.987

(8) No todos los momentos son a propósito para hacer que penetren en los corazones ideas nuevas y enseñanzas cristianas; es preciso saber esperar la hora de Dios y ser pacientes como El mismo lo era (Disposiciones preliminares a la Regla de la SSVF de 1.835)

(9) ¿No reconocéis que todo perece, porque se ha querido arrojar a Dios de todas partes, y que por consiguiente, nada puede restablecerse sino restableciendo a Dios en el dominio de nuestras conciencias y de nuestras costumbres públicas y privadas? (A. Baudon, III Presidente Gral. Circular 1/11/1849)

llamados, ¿esperamos que les atraigamos y fundamentalmente que les sirvamos?

El camino para tener jóvenes entre nosotros, para servir a los jóvenes, pasa necesariamente, por nuestra conversión personal. La de cada uno de los mayores a una opción de servicio por y para los jóvenes. Una opción de servicio que nos lleve a una profunda renovación de nosotros mismos. Por reconocer que no hemos alcanzado, ni mucho menos, sabiduría particular alguna, nada más que por contar años. Por empezar a ser tolerantes con nosotros y entre nosotros. Por respetar la libertad del prójimo. Por saber que estamos en un proceso educativo, repito: educativo, en todos los terrenos, que ha de durar toda la vida y que deseamos compartir con ellos sin falsas barreras generacionales en un intercambio cualitativo pero simétrico (10).

Sin por ello renunciar a señalar lo que consideramos posturas equivocadas y que, a nuestro juicio y juicio sereno de amigo, requieren más que corrección: conversión. Sin hacernos, por facilitar su estancia entre nosotros, cómplices fáciles de situaciones que deban ser señaladas como contrarias al espíritu cristiano. Recordando aquellos consejos de nuestro Presidente General: *“serle útil - al joven - en todo, en la medida que dicten la prudencia y la discreción, que son las primeras entre todas las conveniencias”* (J. Gossin, Circular de 8-12-1844). La tolerancia, tan necesaria entre nosotros, no puede ser ejercida para nuestra comodidad. Para la comodidad de los consocios más veteranos. Por tolerancia no puede entenderse la justificación de lo que está, sencillamente, mal hecho y que así debemos señalarlo. Hoy, como siempre y más que nunca, ni todo es bueno ni todo vale. Sin recriminaciones, en fraternidad, sabiéndonos tan torpes nosotros mismos, que en cualquier momento, también es posible que ellos, los más jóvenes de los consocios, han de señalarnos también en fraternidad, nuestros miles de defectos y de traiciones a la filosofía cristiana que decimos servir. Ayudándonos unos a otros.

También escuchando y recogiendo las iniciativas de los más jóvenes con respeto y atención. Cuando los primeros jóvenes consocios se reúnen y descubren la necesidad del ejercicio de la caridad, la necesidad de no limitar su trabajo a la defensa puramente intelectual de la Santa Iglesia, Federico Ozanam, recibe el encargo de sus amigos de contar con la colaboración y dirección del Sr. Bailly. Las Conferencias de San Vicente de Paúl nacen, porque Bailly es capaz de escuchar y entusiasmarse con las propuestas de un joven que aún no ha

(10) Procuren los mayores entablar con los jóvenes diálogo amistoso que, salvadas las distancias de la edad, permita a unos y a otros conocerse mutuamente y comunicarse lo bueno que cada generación tiene. Estimulen los adultos a la juventud hacia el apostolado, primeramente con el ejemplo y en ocasiones con prudentes consejos y auxilios eficaces. (Concilio Vaticano II, Decreto “Apostolicam actuositatem” 12)

cumplido los veinte años y que le visita por su interés y representando a otros amigos de los que sólo uno, ha llegado a tal edad. Las Conferencias de San Vicente de Paúl existen hoy, sin duda, porque al Sr. Bailly no le importó las edades de los que le propusieron la idea y escuchó con respeto su argumentación (11). Recordemos que el Espíritu actúa donde quiere y como quiere.

Hay que continuar el proceso de regeneración vicensina en todas las Conferencias tal y como vengo reclamando desde mi elección para este servicio que me confiasteis. Un proceso permanente que tenga principio, pero no fin.

Con ello, demostraremos a nuestros futuros consocios mas jóvenes que lo nuestro es un estilo de vida y de entrega. Que a ellos, no les queremos a nuestro lado por la preocupación de nuestra futura supervivencia como Institución. Que la preocupación, es no desaprovechar la capacidad que los años nos han regalado para poder ayudarles en un camino que, a pesar de tener que hacerlo solos, sin menoscabar en lo absoluto su capacidad de opción ni su libertad, podemos contarles lo que un día ya lejano, nosotros pasamos en sus iguales circunstancias (12). Ayudarles, en definitiva, a que tengan la información suficiente para que puedan decidir libremente. Nadie está limitado en su libertad por conocer. Por saber, por tener los datos precisos. Es al contrario: la libertad se acaba con frecuencia por la ignorancia con la que nos enfrentamos en múltiples ocasiones a las más diversas circunstancias. Lo que queremos para nuestros jóvenes, aquellos a los que logremos acercarnos o a los que a nosotros se acerquen, es contribuir en lo posible a superar la pobreza de la falta de experiencia. Con nuestra colaboración, con la experiencia de nuestra propia pobreza vivida. Jamás con la imposición o el ordenamiento. Y ¡cómo no!, en la complementariedad, recibir de ellos la tensión necesaria para intentar servir a un mundo cuyas claves de cambio, es posible que conozcan, en ocasiones, mucho mejor que nosotros. Siendo humildes en este reconocimiento.

Esa es la forma de trabajar en las Conferencias. Esa es la forma de crear, mantener y profundizar en una comunidad eclesial de iguales a los que no puede hacer diferente la fecha de nacimiento.

Y deberemos empezar por sentirnos responsables. Sí, responsables. Todas las generaciones han asegurado a las siguientes un mundo mejor y más ordenado. No ha

(11) Los fundadores de la Sociedad de San Vicente de Paúl, fueron: Federico Ozanam, Augusto Le Taillandier, Pablo Lamache, Felix Clavé, Francisco Lallier y Julio Devaux. A ellos, se unió el Sr. Bailly y otro consocio de nombre desconocido. Salvo el propio Bailly y Pablo Lamache que había cumplido los veinte años, todos eran menores de esa edad.

(12) Tenemos que cambiar ideas, inspiraciones, algunas veces temores y siempre esperanzas. (Beato Federico Ozanam, carta al C.G.I. de 27/4/1838)

sido una excepción la nuestra. Hemos prometido un mundo mejor y más fácil. Hemos ido de aseguradores, de procuradores de un mundo ordenado y que prometíamos fácil, que les ha fallado quizás incluso por nuestra falta de seguridad. Por el vivir de nuestras sociedades civiles, en un relativismo permisivo, que no da respuesta a sus inquietudes y necesidades. Que ha acabado con las esperanzas de tantos y que de esa falta de respuesta, en alguna medida, somos también responsables los componentes de las Conferencias que nos hemos encerrado en muchas ocasiones, en la defensa beligerante de nuestra verdad circunstancial y temporal, en lugar de abrirnos a la dulzura vivificante, regeneradora y atemporal de la fe en el Señor Jesucristo.

Todos debemos sentir la necesidad y responsabilidad en este servicio con los más jóvenes. Pero muy en particular los Presidentes de las Conferencias. A ellos les compete, especialmente, cuidar de los socios que un día les eligieron para dirigir y servir de ejemplo a todos. Deben ser los primeros en cuidar y facilitar la estancia de los jóvenes entre nosotros y el adecuado servicio que les presten las Conferencias. A través del conocimiento íntimo que tengan de todos y cada uno de sus consocios, como un buen padre de familia, sabrá a cuál de sus "hijos" es posible confiar este ministerio con los hermanos más jóvenes y a cuál hay que hacerle crecer en el servicio, en el conocimiento, en la comprensión, para que pueda llegar a lograrlo.

También sabrá encomendar a los más jóvenes consocios responsabilidades ciertas y reales que les unan cada día más a la Conferencia. Que no solamente encuentren entre nosotros "enseñantes" lejanos, aún cuando, atentos. Que encuentren grupos de seres humanos que, en su entrega generosa a los más pobres, a los consocios y a la Iglesia, también a sus propios trabajos y vida familiar, les ofrecen un lugar real de participación en el que todos se enriquecen (13).

Digámosles a los jóvenes: queridos amigos queremos estar cerca de vosotros. Queremos caminar en vuestra compañía. Juntos. ¿Nos lo permitís? ¿Vais a ayudarnos en el caminar precioso de nuestras Conferencias? Queremos contar con vosotros para apoyarnos mutuamente. Para ser comunidad de oración, de acción, de esperanza. Queremos servir unidos a aquellos que sufren. Queremos mantener vivo el fuego del amor de Dios. ¡Venid a aprender y a enseñarnos! Sólo se alcanza la vejez, cuando se ha perdido la capacidad de aprender o enseñar a otro ser humano.

(13) Tengan en sumo aprecio el dominio de la propia profesión, el sentido familiar y cívico y todas aquellas virtudes que se refieren a las relaciones sociales, esto es, la honradez, el espíritu de justicia, la sinceridad, los buenos sentimientos, la fortaleza del alma, sin las cuales no puede darse una auténtica vida cristiana. (Concilio Vaticano II Decreto "Apostolicam actuositatem" 4)

Asegurémonos que los pobres, los que sufren, los que lloran, los perseguidos, los enfermos, los abandonados, los desposeídos, ¡tantos Dios mío!, os esperan. Nos esperan a la fuerza inmensa que representamos juntos. Que entre los que les esperan, estamos también nosotros: los consocios mayores. Esos viejos amigos que están deseando acogeros en los grupos de las Conferencias. Algunos han envejecido en criterios y nos hemos podido convertir en hombres con algunas rigideces. Esperamos de vosotros la alegría, la comprensión, el esfuerzo de diálogo necesario para entendernos y comprendernos. Necesitamos entender, todo juntos, que hasta el más humilde, el más anciano, el más joven, el mejor o el peor formado, siempre tienen algo que decir y que debemos respetar (14).

No olvidemos, por último, quizás por donde debiera haber empezado esta Carta, que sin oración, sin verdadera comunicación con el Señor, no hemos de poder nada. Nos lo recordaba el Santo Padre: "*La eficacia del trabajo apostólico del fiel laico, está íntimamente unida a su base espiritual, a su vida de oración personal y comunitaria, a la frecuencia con que recibe los Sacramentos, sobre todo la Eucaristía y la penitencia y a su correcta formación doctrinal*" (Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal del Brasil 30-5-1995).

¡Bendita seas María! Tú que sentiste la necesidad de madre de servir a tu Divino Hijo en sus primeros años, aquellos en los que se te escapaba para enseñar a los Doctores, alcanza de El, el favor de que las Conferencias sepamos hoy adaptarnos a los tiempos y logremos servir, cristianamente, a los más jóvenes de nuestros consocios y que ellos, a su vez, nos ayuden a conservar vivo el espíritu alerta que Tu Divino Hijo inspiró a nuestros fundadores.

Con el afecto para todos en Vicente de Paúl y Federico Ozanam

José Ramón Díaz-Torremocha
XIV Presidente General Internacional
(i.n.e.d.)

(14) Los jóvenes, por su parte, sientan respeto y confianza en los mayores y, aunque sientan la natural inclinación ante las novedades, aprecien sin embargo, como es debido las tradiciones valiosas. (Concilio Vaticano II, Decreto "Apostolicam